

LA LUZ DE LA FE*

La fe no es adhesión a verdades cuya prueba de veracidad se ha adquirido.

Crear en la existencia de Dios porque pensamos que el mundo no se puede explicar sin un Creador no es, de por sí, un acto de fe. Es una certeza racional, al menos en la medida en que esta certeza se haya alcanzado fuera del contexto de la Revelación y de cierto auxilio de la gracia.

La fe es adhesión a una Persona que nos habla y que hemos reconocido digna de fe.

Dios nos ha hablado —y nos habla— en una historia cuyo centro es Cristo, plenitud de la Revelación.

Cristo es aquel en quien creemos. Preguntarse si se tiene fe es ponerse en presencia de Cristo y preguntarse si se reconoce en él a aquél en quien Dios se nos presenta de una manera única. A aquél que tiene el derecho, de una manera única, de hablarnos en su nombre.

Es preguntarnos si nuestra actitud en presencia de Cristo es verdaderamente una actitud que sólo podemos tener ante Dios: una adhesión sin reservas, con una total fe en él y una verdadera humildad ante él.

Pero Dios se revela en una historia. Cristo está en el corazón de esa historia y esa historia da testimonio de él.

La historia que lo ha precedido y preparado: la historia del pueblo de la

* De *Lettre de Ligugé*, 1986, nº 237.

preparación, historia en la que Dios prepara la plena revelación de sí mismo en Cristo.

La historia que le sigue: el pueblo que vive de su fe en él y que da testimonio de él por los frutos que trae consigo su fe en Cristo.

En la vida de ese pueblo aprendemos a reconocer en Cristo a aquél que ha traído al mundo una novedad que sólo puede provenir de Dios.

En nuestra propia vida, por último, inserta en la vida del pueblo de Dios, podemos reconocer la presencia de Cristo a la luz de lo que nuestra propia vida llega a ser con la gracia de su presencia.

De aquí se deriva el carácter esencial de la fe, vivida en la comunión de los creyentes pero que nos inserta de una manera profundamente personal en esa comunión.

No es una adhesión puramente intelectual que se da de una vez para siempre a verdades abstractas, sino una relación personal, viva que, apoyada en la comunión de todos, nos hace vivir una comunión cada vez más íntima con aquél a quien hemos dado nuestra fe.

La fe es respuesta viva a un ser vivo. Un intercambio siempre nuevo. Con algo de imprevisible. La necesidad de estar a la escucha, atento, disponible. Listo para la respuesta que se nos pedirá.

De esa manera, Dios se nos revela en nuestra historia, inserta en la historia del pueblo de los creyentes.

En nuestra historia, vivida en la gracia de su presencia, en una comunión con él, se profundiza nuestra fe: aprendemos a reconocer cada vez mejor en él a aquél que merece el absoluto de nuestra fe, aprendemos a vivir el absoluto de nuestra fe como una adhesión en el amor.

Bonhoeffer decía: "No estamos en este mundo para convertirnos en un gran hombre, ni siquiera en un gran hombre de Iglesia, sino *para aprender a creer*". Para aprender a reconocer toda la profundidad del acto de fe y la intimidad del vínculo que nos hace entablar con aquél a quien nos entregamos totalmente con ese acto de confianza sin reserva.

Tenemos que aprender el sentido de la fe aprendiendo a conocer a aquél a quien damos nuestra fe, en una relación vivida con él. Y esto, no solamente discerniendo su presencia a través de los signos de su protección siempre vigilante, sino también a través de todo lo que esta presencia puede tener de desconcertante: a través de las pruebas que purifican y dan firmeza a nuestra fe invitándonos a vivirla cada vez más profundamente como un absoluto que nada puede hacernos cuestionar.

¿Acaso no se dio así en el pueblo de Israel? A través de todos los acontecimientos dolorosos que parecían desmentir las promesas hechas en otro

tiempo al rey David para él y para su descendencia, el pueblo fue conducido finalmente a reconocer el sentido de esas promesas cumplidas en Cristo de una manera que sobrepasaba todas las esperanzas humanas.

La fe no es una certeza puramente racional ni un puro "sentimiento" ciego. Es algo más profundo, que apunta a nuestro "corazón" en el sentido bíblico: ese lugar donde conocimiento y amor se unen. Allí podemos alcanzar nuestras profundas certezas, referidas a lo que es verdaderamente esencial.

Así se conoce a una persona, con ese conocimiento verdadero que alcanza su plenitud en el amor y que sólo puede nacer del amor. Único conocimiento que penetra verdaderamente hasta el corazón del otro, haciéndonos reconocer en él a aquél que es plenamente digno de nuestro amor y comprometiéndonos completamente en una verdadera relación profundamente personal con él.

Así se conoce a Cristo, viviendo con él la verdad que se nos revela en él y que vivimos con la gracia de su presencia. Así aprendemos a reconocer en él al único en quien podemos adherirnos por un acto de fe que sólo es posible ante Dios.

La fe nos compromete totalmente —todo nuestro ser y toda nuestra vida— en un vínculo muy íntimo entablado con aquél a quien hemos dado nuestra fe. Por eso no puede reducirse a una adhesión de la sola inteligencia a verdades cuya evidencia se ha reconocido. No compromete sólo a nuestra inteligencia, sino a nuestro ser en su totalidad.

No podemos alcanzar verdades que nos piden un compromiso tan total más que en un acto de confianza en aquél que nos habla: él mismo se compromete totalmente en la Palabra en la que se revela y se da a nosotros, y pide de nosotros que nos comprometamos totalmente en la acogida de esa Palabra.

"Por la obediencia de la fe el hombre se confía libre y totalmente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios revela" (DV, 5).

Está mucho más allá de las pruebas puramente intelectuales. Es la convicción de que aquél que nos habla merece una confianza absoluta. Convicción razonable, pero que supera lo puramente razonable. Nos compromete totalmente en una adhesión a alguien: a una persona alcanzada en su realidad viva.

Las razones para creer no pueden llevarnos por sí solas hasta ese punto. Deben apoyarse en la gracia de un encuentro con Cristo. Por eso la fe siempre es una *gracia* y, como toda gracia, pide ser *acogida libremente*. No nos obliga.

El testimonio de Psichari, cuando nos relata su conversión en "*Le voyage du centurion*", ilustra esta verdad de un modo particularmente impactante.

Reconoce que al final de su búsqueda, cuando parecía haber reunido todo, para desembocar en un acto de fe, no podía ir más lejos: todo lo que había realizado su trabajo de reflexión era como un cuerpo sin alma hasta el momento de gracia en que todo fue vivificado por la acción del Espíritu.

La fe es una gracia. Es suscitada en nosotros por el amor que se revela digno de una fe sin límites. Es una respuesta de amor suscitada por una actividad de amor: la revelación que el Padre nos hace en Cristo de su amor infinito.

Está comprometida en ese misterio de un Dios que se nos revela y que nos concede poder acoger esa revelación. La fe misma es un misterio que nos sobrepasa. Sólo podemos vivirla como un don y una gracia.

No podemos penetrar su sentido, entrever su misterio más que *viviendo* esta relación en la fe con aquél que la suscita en nosotros.

La fe supone una comunión de vida, secreta pero que compromete lo más profundo de nosotros mismos, con aquél con respecto a quien ella es una total adhesión.

Da testimonio de sí misma: aparece por todo lo que es en sí misma como una actitud verdadera, en un secreto presentimiento de aquél con respecto a quien es una total adhesión. Es "conocimiento" de Cristo, en el sentido bíblico.

Esto está situado en un nivel profundo de la conciencia de nosotros mismos y, en un nivel más superficial, puede dejar lugar a lo que estaríamos tentados a llamar "dudas".

Cualquiera sea el progreso y la firmeza de nuestra fe, siempre conservará su oscuridad e incluso podrá volverse cada vez más profunda: ante la toma de conciencia de estar en presencia de un misterio que está más allá de todos nuestros pensamientos, de todo lo que puede captar nuestra inteligencia, la fe deberá volverse cada vez más un acto de total abandono y de humildad.

Incluso los mismos acontecimientos de nuestra vida podrán ser también una prueba para nuestra fe. Para que nada nos impida creer en aquél que conduce al mundo y a nuestra propia historia, es preciso que viviendo nuestra fe en él como un absoluto, nada pueda hacernos dudar de que su amor siempre está actuando.

Viviendo nuestra fe en el centro de nuestra vida —comprometida en esta vida y a la cual debemos apelar sin cesar para no dejarnos desconcertar— aprendemos a reconocer cada vez más en el Señor a aquél que es todo para nosotros. A aquél a quien nuestra fe nos entrega en un abandono sin reservas: *Señor, ¿a quién iríamos? (Jn 6,68).*

Creer en Dios es ofrecerle, en nuestra pobreza y nuestra humildad, un acto de fe que de él solo puede recibir el ser secretamente vivificado por un

sentido cada vez más profundo de su misterio.

Creer en Dios es reconocer su presencia en el centro de ese acto de fe en él. Es, ofrecerle, en las horas más oscuras, nuestra fe tal como es, confiársela. Es reconocer en esa fe una gracia, es confiarla a aquél que es el único que puede hacerla vivir en nuestro corazón.

Es la más hermosa respuesta al amor. Como decía santa Teresa de Lisieux no tenemos más que esta vida para darle esa respuesta: "No tenemos más que esta vida para vivir de la fe".

No podríamos comprender la fe relacionándola con una convicción puramente intelectual que bastaría afirmar a través de razonamientos y reflexiones. Más bien hay que compararla con una relación entre dos personas que se aman. Puede haber momentos difíciles, pero apoyándose en su fe en el otro, pueden superarlos y el amor resurge más fuerte de ellos.

Con lo que aquí hay de único, por el hecho de que aquí la otra persona es el mismo Dios.

No se trata de caer en el "fideísmo" o en el "sentimentalismo", sino de tomar conciencia de la verdadera naturaleza de la fe, que nos pone en presencia del misterio mismo de Dios, ante el cual siempre debemos ser infinitamente humildes.

La fe sólo puede ser una gracia. Una gracia que no destruye la naturaleza sino que la respeta: respeta nuestra naturaleza razonable pidiéndole un asentimiento razonable, pero nos hace aproximar al misterio de Dios en una comunión de amor, sobrepasa todo lo que está a nuestra medida.

Esta noción de la fe nos ayudará a superar las dificultades que a veces podemos encontrar cuando estamos tentados de ver en las oscuridades de la fe una duda que cuestione la autenticidad y la sinceridad de nuestra fe.

La fe es una gracia que hay que saber vivir humildemente, volviéndonos hacia aquél de quien la recibimos, manifestándole en los momentos difíciles nuestra voluntad de adherirnos a él solo, de tener en él nuestra única razón para vivir. Y acordándonos de que él es el primero en ser fiel, y que una gracia no puede perderse sin una falta deliberada por nuestra parte.

Creer no es necesariamente haber encontrado una respuesta a todas las objeciones, a todas las dificultades. ¿Acaso podemos, por ejemplo, encontrar verdaderamente una respuesta clara y plenamente satisfactoria al problema del mal? No es, por lo demás, un problema al que podría encontrarse una solución. Es un misterio que puede aclararse solamente, ante todo quizás, reconociendo primero la relación entre el sufrimiento y el amor: vemos que no hay amor más profundo que aquel que se profundiza en comunión con el sufrimiento, porque nada puede conducir a un don más total de sí, que está

en el centro de todo amor verdadero. Y vemos vidas que han sido conducidas por el sufrimiento a una profundidad espiritual que sin él, no habrían podido alcanzar. Pero ante todo tenemos el testimonio de la Cruz; puesto que el mismo Dios quiso tomar parte en nuestro sufrimiento, el sufrimiento tiene sentido a sus ojos. Pero esto sólo puede conducirnos a un acto de fe en él, no a una clara evidencia.

Creer no es haber encontrado una respuesta a todas las dificultades. Es haber reconocido en Cristo a aquél que merece el absoluto de nuestra fe. A aquél de quien no podemos dudar. A aquél a quien podemos dar tan totalmente nuestra fe como para comprometer con él toda nuestra vida. Si él es verdaderamente, de esa manera, toda nuestra razón de vivir, si en él ciframos toda nuestra existencia, tenemos verdaderamente fe en él.

Creer es reconocer en ese acto de fe en Cristo la respuesta a todo lo que hay de más verdadero y de más profundo en nosotros. Lo mejor de nosotros mismos dejaría de ser verdadero, no sería más que ilusión y vacío, si lo que nos aparece como una respuesta tan verdadera, tan plena a las aspiraciones más profundas de nuestro corazón, fuera una ilusión.

Porque la verdadera respuesta plena a las más profundas aspiraciones de nuestro corazón es la revelación de Dios-Amor que se nos ha dado en plenitud en el misterio de Cristo.

Pero el misterio de Dios siempre estará más allá de todos nuestros pensamientos. Por eso la fe mantendrá siempre su oscuridad, pero esta misma oscuridad será para nosotros una invitación a vivir la fe en su verdad: como una actitud de humildad, de humilde confianza que nos entrega sin reserva al amor que hemos reconocido como plenamente digno de fe.

Y para vivir libremente nuestra fe, es importante sobre todo acordarnos de que no la vivimos solos. Comulgamos con la fe de la Iglesia, suscitada en ella y en cada cristiano por la acción del Espíritu Santo.

El Hermano Max Thurian, en su libro *"Amour et Vérité se rencontrent"* escribe lo siguiente: "Los cristianos viven todos juntos en la fe: la seguridad de la fe es una certeza común, la prueba de la fe es para todos en común. Cuando vienen los momentos de sequedad y de oscuridad, entonces hay que descansar en la fe de los otros cristianos que creen con nosotros y, en esos momentos de combate, quizás, más y mejor que nosotros. Y esa fe común de la Iglesia, fruto del Espíritu Santo en ella, permite al cristiano que pasa por un momento de sequedad y de oscuridad, retomar vida poco a poco en el soplo de la fe de los demás (...). Una de las más hermosas realidades de la vida espiritual es esta comunidad de fe y la solidaridad que produce entre todos los cristianos".

Por eso nuestra fe no puede profundizarse sin que se profundice también nuestro amor por la Iglesia. Nuestra voluntad de serle fiel, de permanecer

siempre en comunión con ella. Un sentido de la Iglesia que nos hace descubrir, incluso bajo apariencias a veces tal vez demasiado humanas, el misterio de gracia que la habita y que nos es dado vivir en su comunión.

Nuestra fe en Cristo, que está en el corazón de nuestra vida cristiana, que es su fuente; es en primer lugar una realidad eclesial que sólo podemos vivir en la comunión de la Iglesia. Y esto nos manifiesta cuán profundamente estamos comprometidos en el misterio de la Iglesia y cuánto debemos amarla.

*Traducción del francés
por María Graciela Sufé, osb
Nuestra Señora del Paraná
Entre Ríos - Argentina*

*Abbaye de St. Martin
86240 LIGUGE - Francia*

Fr. Georges LEVEBVRE

Seguramente usted tiene amigos que aún no conocen

CUADERNOS MONASTICOS

¿Recibirían de buen grado un ejemplar de nuestra publicación?

No deje de comunicarnos sus direcciones.